

CALCOLITICO Y VASO CAMPANIFORME EN EL NOROESTE PENINSULAR*

por

G. DELIBES DE CASTRO

Representa para mí un enorme compromiso hacerme cargo de la ponencia sobre *Calcolítico y Vaso Campaniforme* que los organizadores de este Homenaje, tan merecido, a López Cuevillas, me han encomendado. Deseo hacer saber a todos ustedes que mi aceptación se produjo no sin serias vacilaciones que sólo finalmente supe vencer cuando mis generosos interlocutores insistieron en la conveniencia (?) de que esta visión de conjunto no corriera a cargo de cualquiera de los tantos arqueólogos de la tierra mejor capacitados que yo para hacerlo, sino de un foráneo, en el convencimiento de que podría resultar positivo un planteamiento transparente y aséptico del tema, alejado de atávicos prejuicios y orientado, sobre todo, a contrastar la situación del Noroeste durante esta etapa con la de otras zonas en igual momento. Desde este punto de vista me apresuro a advertirles que las páginas a que a continuación daré lectura, en ningún caso pretenden ser la ambiciosa síntesis que podría exigir el tema ni, por supuesto, el resultado de una investigación en el sentido más estricto, sino únicamente una espontánea reflexión en voz alta sobre los problemas generales que en mi opinión suscita esta etapa; una reflexión, en todo caso, de alcance limitado y que, si algún valor tuviera, éste probablemente habría de residir no tanto en el estado de cuestión que representa como en su vertiente prospectiva, apuntando cuestiones que sólo la investigación futura estará en condiciones de responder.

En puridad, el título elegido para esta ponencia encierra una pequeña contradicción, ya que se diferencia *Calcolítico* y *Campaniforme* como si de dos etapas distintas de la Prehistoria se tratara. De sobra es sabido que la última es sólo una fase del primero, pero permítaseme esta licencia siquiera como fórmula para destacar la división

* Ponencia expuesta en el Homenaje que en el otoño de 1986 se dedicó, en Orense, a don Florentino López Cuevillas.

—más convencional que real— que he adoptado entre tiempos pre-campaniformes y campaniformes a la hora de desarrollar mi discurso. Por otra parte me veo también en el deber de precisar que dentro del término, no poco ambiguo, de *Noroeste* tienen cabida no sólo las tierras de Galicia, sino también las portuguesas al Norte del Duero.

La aparición de la metalurgia del cobre es un hecho que se repitió, antes o después, en prácticamente todos los grupos culturales del Viejo Mundo, lo cual no quiere decir que en todos ellos cobrase idéntico significado. Los investigadores parecen de acuerdo, en efecto, en valorar la trascendencia, siquiera tecnológica, del primer metal, arguyendo normalmente que su aparición trajo consigo un notable progreso y un avance «civilizador»; pero lo cierto es que el significado de dicho acontecimiento debió variar según las regiones, ya que mientras en algunos casos el mismo, fue posible como resultado de una larga experimentación —o, acaso, mejor, como dice Sherrat, de una intensa exploración de algunas materias primas locales muy particulares—, en otros la metalurgia es un hecho cultural importado, bien como manufactura, bien como conocimiento (la fundición).

A priori, en el caso del Noroeste de la Península Ibérica cualquiera de las dos últimas explicaciones parece más convincente que la primera para justificar la presencia de los más antiguos cobres, aunque sólo sea porque la relativa escasez de recursos mineros cupríferos en Galicia —Caurel, Monforte, Mondoñedo, Valdeorras, Cedeira, Santiago, etc.— recorta notablemente las posibilidades de crear ese ambiente de experimentación con materias primas locales que parece exigir un primitivo foco metalúrgico autónomo. En este sentido, por tanto, debemos ser realistas y, aunque reconozcamos la independencia de los focos calcolíticos del Próximo Oriente, los Balcanes y acaso el Cáucaso, tampoco podemos silenciar la sensatez de las palabras de Theodore Wertime cuando señala que la puesta en funcionamiento a partir de cero de una fundición en el seno de un grupo neolítico exigiría la coincidencia de tal cúmulo de circunstancias felices que difícilmente se sostiene la idea de que la metalurgia hubiera podido ser inventada paralelamente en múltiples hogares.

Durante mucho tiempo fue común la creencia de que, salvo en el Sur peninsular, donde existía un Cobre Antiguo Almeriense, estrechamente vinculado a los colonos del Egeo, en el resto de las tierras de Iberia la primera metalurgia iba uncida al fenómeno del Vaso Campaniforme, idea que, por lo demás, asumía Case para Irlanda y cobraba un relieve muy especial en Galicia, donde Cuevillas afirmaba que el oro y el cobre surgieron de modo violento y repentino, haciendo el efecto no de una aculturación, sino de una invasión de gentes armadas campaniformes. Esta impresión, empero, ha ido matizándose poco a poco, y en casi toda la Península tiende a

reconocerse una etapa metalúrgica inicial, precampaniforme, que coincide a grandes rasgos con la fase más temprana de Los Millares. El Noroeste, pese a la escasez de datos a manejar, no parece ajeno a esta dinámica a juzgar por las evidencias de fundición del poblado de Lavapés, en Cangas de Morrazo, donde se recogieron fragmentos de una vasija cerámica que debió utilizarse como contenedor de una colada de cobre; por la presencia de una lezna de cobre arsenical en el poblado de Cunho, en Mogadouro, y de crisoles y otros elementos de cobre en puntos distintos del Norte de Zamora. Aparte de ello los testimonios de una metalurgia precampaniforme son cuando menos dudosos y quedarían reducidos a algún hacha plana (Monte da Penha, Lérez, Montealegre, etc.) comparable a las que Monteagudo ha denominado tipo Mersín, y, aún más vidrioso, a las imitaciones en piedra de objetos metálicos que Vázquez Varela identifica en Galicia con el Horizonte de Rechaba, cual pudiera ser el caso de ciertas azuelas. De alguna manera, dentro de su parquedad, todos ellos sirven como evidencias de que la novedad de la metalurgia del cobre se ha producido en estas tierras, inaugurándose por entonces el *Calcolítico*.

Las primeras reflexiones sobre la aparición del metal en el Próximo Oriente, realizadas por V. G. Childe, consideraban que tal evento había tenido lugar como respuesta a unas necesidades económicas y sociales. La primera crisis alimentaria había sido resuelta por el hombre modificando su condición de depredador de la naturaleza para convertirse en productor; la segunda —resultante de un aumento demográfico espectacular motivado por la economía neolítica— sería superada con una revolución tecnológica, con la aparición de un utillaje de labranza fabricado en metal que determinaría la puesta en práctica de una agricultura intensiva. El metal, pues, aparecería ligado a profundos cambios económicos y sociales.

Algunas opiniones más recientes no coinciden por completo con la explicación materialista de Childe en relación con los cambios culturales que acompañan a la aparición del metal, pero se aproximan bastante a ella. Gilman, por ejemplo, frente a la idea del prehistoriador australiano de que el metal fue el motor de la revolución productiva y social, defiende que en muchos sectores del Viejo Mundo, y particularmente en el Sureste de Iberia, los primeros elementos de cobre fueron escasos y además irrelevantes como aperos agrícolas, lo que obliga a descartar fuese la metalurgia el móvil de las graves transformaciones que en el orden económico y social experimentaron las poblaciones de la segunda mitad del III Milenio, e induce a valorar un nuevo factor tecnológico —la aparición del regadío— como fórmula de intensificación agrícola e, indirectamente, como fuente de conflictos sociales. En tal contexto, el advenimiento del cobre no representaría el origen de la aparición de unas élites ni el

fin de la sociedad igualitaria megalítica, sino un mero refuerzo del poder de unas oligarquías ya existentes.

Lo que parece claro, en todo caso, es que la aparición de la metalurgia no suele ser un fenómeno aislado, sino que con frecuencia va aparejado a otras convulsiones de cierto alcance. En concreto, volviendo una vez más los ojos al Sureste, las novedades más ostensibles respecto al periodo anterior parecen ser las siguientes:

1. La creciente tendencia al habitat estable y a la vida sedentaria; aparecen viviendas cada vez más firmes, se consolida el binomio poblado-necrópolis, los caseríos se parapetan tras complicadas y costosas murallas y se aprecia, en definitiva, una situación que bien cabría calificar de «protourbana».

2. La renovación económica impulsada por la agricultura de regadío, como consecuencia de la cual se ponen por primera vez en cultivo tierras vírgenes, antes desdeñadas por su carácter desértico.

3. Un considerable aumento demográfico que, por ejemplo, se adivina en el número —casi el doble— de asentamientos calcolíticos respecto a los del Neolítico Reciente.

4. La aparición de una sociedad algo más jerarquizada —no definitivamente jerarquizada— en la que si ciertos indicios atenúan la incidencia de los cambios producidos (sigue, por ejemplo, vigente la idea de la tumba colectiva), otros la avalan ya que la canalización de ciertas actividades comerciales de alcance, como la que desde el Norte de Africa traía marfil y adornos en cáscara de avestruz, hubo de organizarse, en su condición de materias de lujo, por medio de esfuerzos individuales correspondientes a pequeños jefes.

Somos conscientes de que, pese a la relativa vecindad geográfica, sería una ingenuidad proyectar esta realidad o imagen del mediodía peninsular a los territorios más septentrionales, pero podría no resultar tan estéril recurrir a la comparación de los datos proporcionados por uno y otro sector como procedimiento para perfilar el alcance de la aparición del cobre en el Noroeste, y, en suma, para saber si la novedad tecnológica desencadenó cambios sustanciales en otros órdenes o quedó simplemente en eso, en la aparición de una materia prima nueva.

En lo que atañe a los habitats parece conveniente señalar de antemano que los conocidos, más bien pocos, manifiestan muy escasa entidad, tanto en el aspecto constructivo —parecen constituidos por viviendas de ramaje y barro—, como en el urbanístico. Los datos disponibles en este último sentido son muy pobres, pero nos parece sumamente gráfica la observación realizada por S. Oliveira en la Vinha de Soutilha de Mairós, cuando indica que existe un poblamiento relativamente aglomerado en torno a unos roquedos que se extienden por aproximadamente 20 Has., pero sin que en modo alguno quepa hablar de una ocupación sistemática de todo ese suelo. Lamen-

tablemente los habitats correspondientes a los más antiguos megalitos del territorio resultan por completo desconocidos, pero ello, que es un dato negativo en sí mismo, se convierte indirectamente en un indicio para pensar que los mismos aún debieron ser más provisionales y efímeros que los de este momento, lo cual nos permitiría atisbar un cierto cambio. La novedad en este campo, pues, radica en que los lugares de habitación de las primeras gentes calcolíticas nos son conocidos, cosa que no ocurre con los anteriores, pudiendo representar ello un síntoma de mayor permanencia de la población sobre el territorio. Vale seguramente la pena recordar que en el Sur de Portugal hay constancia de un hecho similar en el horizonte Neolítico Final del Castelo de Giraldo, fechado por T.L. sobre 3.100, que representa el primer testimonio regional de un poblado permanente, cuando en realidad corresponde ya a una fase tardía de la cultura megalítica alentejana.

Por lo demás los habitats mencionados —São Lourenço, Castelo de Aguiar y Pastoría, además de Soutilha, en la cuenca alta del Tâmega y del Corgo, y Lavapés y Fontela en Pontevedra— no denotan mayor complicación arquitectónica, como no valoremos la existencia de un amplio muro en el primero de ellos, que podría emular las clásicas fortificaciones precampaniformes de Extremadura. Su construcción como obra defensiva de cierta envergadura hubo de exigir un notable esfuerzo cooperativo, lo que también habría de entenderse como signo renovador, pero no debemos adelantarnos en su interpretación en tanto no sea objeto de una publicación minuciosa¹.

En el terreno de la economía se dispone también de una información insuficiente para plantear como un contraste la situación de los periodos Megalítico y Calcolítico. El avance de especies vegetales sinantrópicas reflejada por los estudios polínicos de diversos puntos de Galicia a partir del 4.000 a. C. ha sido interpretado como probable reflejo de la práctica de una agricultura, de la que, sin embargo, no hay pruebas tangibles a nivel estrictamente palinológico durante toda la etapa megalítica. La ausencia de pólenes de cereal en paleosuelos dolménicos correspondientes a la segunda mitad del IV Milenio, como los de Casota do Páramo, podría en este sentido inducir a la creencia de que aquellas gentes hubieran podido ser exclusivamente ganaderas, pero varios detalles nos alertan del posible error de tal apreciación: por un lado la clara correspondencia de megalitos y tierras fértiles, excelentes para el cultivo, al menos en determinadas zonas como la Sierra de Barbanza; por otro la escasa significación de la ausencia de cereal en los análisis polínicos, debida a la limitada movilidad eólica de los pólenes de estas especies; y, por

¹ Agradecemos el dato a la Dra. S. Oliveira Jorge.

último —aún conscientes de la debilidad del argumento— la frecuente presencia de azuelas en los ajuares dolménicos. De cualquier modo, a partir de mediados del III Milenio la existencia de una agricultura cerealista se hace mucho más explícita, bien a través de diagramas polínicos como los verificados en A Fontenla por Aira y Guitián, bien a partir del reconocimiento de algún grano de *Triticum aestivum* en Castelo de Aguiar. Su presencia para algunos investigadores no parece suponer novedad alguna, al dar por sentado que el cultivo de cereal era un hecho común durante la etapa megalítica, mientras que para otros —sería el caso de Calo Lourido y Sierra— la presión ejercida por el hombre en el paisaje a partir del IV Milenio, provocando una notable deforestación, tendría como objetivo principal la explotación agropecuaria, no cobrando la agricultura cerealista auténtica importancia hasta avanzada la Edad del Hierro. Sólo en este último contexto la explicitación de la presencia de *Cerealia* podría adquirir un significado especial como síntoma de cambio en materia económica durante el Cacolítico, como signo, pues, de un avance de la agricultura, pero en realidad somos conscientes de lo temerario de una interpretación de este género en el estado actual de conocimientos. No resistimos la tentación de mencionar, por último —y ello en relación, curiosamente, con una actividad recolectora, no productora— la presencia en Vinha de Soutilha, Pastoría y Lavapés de unos almacenes circulares de piedra que en el último de los yacimientos parecía haber servido para guardar bellotas, un fruto éste también cosechado por los moradores del habitat de A Fontenla. El detalle, aunque intrascendente históricamente, podría tener sin embargo el valor de abogar en favor de la idea más arriba expuesta de que los poblados de esta época correspondían a grupos sociales mucho más sedentarios que los de etapas anteriores.

Si realmente no se produjo una revolución de las actividades económicas, seguramente así ocurrió por mantenerse el equilibrio población/recursos, lo que con toda probabilidad significa que no llegó a darse una presión demográfica agobiante. También aquí los datos al uso resultan insignificantes para afrontar con seriedad el tema, por lo que nos vemos obligados a tratarlo, una vez más, de soslayo y mediante sólo referencias indirectas. Son varios los autores que creen advertir un importante impulso de la población en Galicia al final de los tiempos megalíticos, pero es está una situación no bien contrastada. Una valoración de esta naturaleza sólo es posible, de momento, por dos vías —el reconocimiento de la fundación de nuevos sepulcros dolménicos, distintos de los más primitivos, que desvelaría la multiplicación de los linajes de un territorio, y la constatación de un volumen de depósitos fúnebres de esta época en los viejos megalitos muy superior al de las tumbas de los momentos iniciales—, siendo justo señalar que de ninguna de tales situaciones existen

suficientes pruebas arqueológicas. Urge por ello trabajar en la reconstrucción de la secuencia megalítica de Galicia como posible fórmula para diferenciar los monumentos más antiguos de los más modernos, ya que ello ha permitido en otros territorios —por ejemplo en el Sureste con la aparición tardía de los *tholoi* respecto a los *rundgraber*, o en Bretaña con el surgimiento de los «dolmens en equerre» y de las sepulturas de entrada lateral, posteriores a los sepulcros de corredor— comprobar cómo se produce, coincidiendo con su advenimiento, una progresiva ocupación del suelo y un probable aumento demográfico.

En el Norte de Portugal, sin embargo, donde la secuencia megalítica se encuentra mucho mejor perfilada gracias a los trabajos de V. O. Jorge, nos sorprende en cierto modo la falta de representación del horizonte calcolítico de los poblados del Támeiga dentro de los sepulcros dolménicos, máxime cuando tales tumbas (caso de Outeiro de Gregos 1 o de Outeiro de Ante 2, ambas en la Sierra de Aboboreira) deparan en ocasiones depósitos tardíos, ya campaniformes, ya de la etapa anterior de la Edad del Bronce. En cierto sentido, ello podría ser indicio de que en la segunda mitad del III Milenio la corriente funeraria megalítica había ya entrado en crisis, siendo excepcionales los monumentos afectados por intrusiones posteriores; pero la alta datación radiocarbónica de Vinha de Soutilha, en torno a 2.700 a. C., se aproxima, por no decir que se imbrica sensiblemente con las de ciertos dólmenes de la zona, lo cual ha servido a S. Oliveira para insinuar que tal vez se tratase de dos realidades coetáneas pero culturalmente distintas.

Indudablemente se trata de un problema que exige pronta aclaración ya que en cierto modo, desde el beneficio de la duda, no puede excluirse que la aparición de los primeros poblados metalúrgicos respondiese a la irrupción de grupos poblacionales nuevos llegados verosímilmente del Sur. Distorsiona en parte esta hipótesis del divorcio entre habitats y túmulos megalíticos, e incluso la propia tesis de que se pudiera tratar de grupos arribados desde el Sur, el detalle de que por entonces en el mediodía peninsular se mantuvieran con toda su pujanza las tumbas colectivas megalíticas, aunque se tratara preferentemente de *tholoi* con techos cupulares, los cuales se agrupan, formando verdaderos cementerios, en las inmediaciones de los poblados. El binomio poblado/necrópolis, de tanto arraigo en el Sureste, el Suroeste y Extremadura, no es sin embargo extensivo a la totalidad de los grupos calcolíticos precampaniformes peninsulares, y en el occidente de la Meseta, por ejemplo, tras las excavaciones de Santonja en los sepulcros del valle del Tormes, nos cabe comprobar que no se erigen panteones de nueva planta y que siguen aprovechándose normalmente, con fines funerarios, en la segunda mitad del III Milenio, los primitivos dólmenes de fundación neolítica, según cabe

deducir de la presencia bastante sistemática en ellos de los mismos ajuares protometalúrgicos detectados en poblados coetáneos. La respuesta a este tipo de incógnitas en el Noroeste podría pasar inicialmente por una revisión sistemática de los ajuares de los dólmenes, ya que las decoraciones onduladas a peine de ciertas cerámicas halladas en algun megalito, como el de As Rozas, en Campo Lameiro, recuerdan extraordinariamente a las calcolíticas de Soutilha y de tantos otros yacimientos coetáneos de Zamora y Salamanca, pudiendo representar la anhelada expresión funeraria de los más antiguos grupos calcolíticos de la región. En cualquier caso, como en ese otro sector marginal que es por entonces la Meseta, de tales evidencias no extraeríamos mayor conclusión que la de que el poblamiento, como antes, continuaba siendo en esta época fundamentalmente disperso, y ello, sin duda, como consecuencia y respuesta a unas prácticas económicas particulares que, en principio, nos parece difícil identificar con una agricultura intensiva.

También merece considerarse el problema de si la aparición del primer metal tuvo repercusiones en el orden social. En principio, siguiendo los argumentos tradicionales de Childe, el propio hecho tecnológico de la metalurgia sería de por sí un factor determinante de la introducción de desigualdades. Los fundidores —celosos guardianes de sus secretos— controlarían la producción de un tipo de bienes altamente aceptados por el resto de la comunidad y los distribuirían en condiciones de plusvalía, dando lugar a su enriquecimiento y consolidación como minoría hegemónica. Sin embargo la realidad que conocemos en otras áreas de la Península es notablemente distinta y no contribuye en modo alguno a ver en la metalurgia —al menos, insistimos, en sus comienzos— el móvil de la jerarquización. Ya sea porque las primeras piezas metálicas no supusieron revolución funcional alguna respecto a las de piedra; ya porque la fundición parece haber sido, tanto en el Sureste (p. e. Almizaraque), como en Extremadura (Zambujal) o la Meseta, una actividad nada monopolizada por minorías, pues existen indicios de ella en multitud de cabañas de los mismos poblados; ya porque el volumen de los primeros fabricados fue muy corto, el hecho es que, como acierta a señalar Ramos Millán, «la producción metalúrgica de entonces, con escasa incidencia en la eficiencia tecno-ambiental, no debió ser nunca el estímulo de una revolución», por más que luego sirviera, finalmente, para reforzar el poder de élites sociales ya existentes.

Por otra parte el mismo Childe apuntaba otro posible factor desencadenante de la aparición de diferencias sociales en la consolidación de nuevos oficios secundarios como el del comerciante. Su papel ha tendido a enfatizarse en las primeras comunidades de la era del metal, entendiéndose que con frecuencia las fuentes de mineral se hallaban lejos de los centros metalúrgicos y había de correr a su cargo

el aprovisionamiento y acaso el control de las extracciones. Pero es ésta una visión que, si bien encierra una parte de verdad, también resulta excesivamente mitificadora ya que, por lo que sabemos, las cantidades de mineral comprometidas en las primeras producciones de la Edad del Bronce eran —al menos en la Península Ibérica, ya que los datos para otras zonas, como los Balcanes, parecen bastante diferentes— realmente pequeñas. Bastaría recordar en este aspecto unas palabras de L. Siret relacionadas con El Argar, yacimiento que, con 100 Kgs. de objetos de cobre/bronce, nadie dudaría en presentar como plenamente metalúrgico, a través de las cuales, conjeturando que la riqueza de metal de los minerales beneficiados podría ser de entre un 10 y un 20%, termina por afirmar que «ha bastado una tonelada de mineral a lo largo de los siglos en que transcurrió la vida de El Argar para producir todos los útiles metálicos allí hallados», e incluso —apostillaríamos— otros tantos que puedan haber escapado por diferentes razones al registro arqueológico. Si esto cabe citar de El Argar, qué decir de la nimiedad de los stocks minerales involucrados en la actividad de los talleres de fundición calcolíticos, cuyo abastecimiento pudo, sí, haberse producido a través de un comercio, pero nunca —dada su escasa magnitud— continuado ni garante de la subsistencia de un especialista de la pequeña comunidad, y también —lo cual me parece digno de ser tenido en cuenta en el caso del Noroeste— a partir de la explotación de mínimos veneros locales, no rentables industrialmente, de cuya existencia ni siquiera hay constancia muchas veces en los mapas generales metalogenéticos, pero que vistas las reducidas necesidades de aquellos grupos, bien podrían haber sido suficientes.

Mucho más decisiva a la hora de captar la situación social de los grupos calcolíticos podría resultar la valoración de algunos elementos presuntamente importados de lejos que representan por sí mismos signos de prestigio cuando no de auténtico poder. Me refiero ahora, por ejemplo, a ciertos recipientes con decoraciones de ojos con tatuaje facial del poblado trasmontano de São Lourenço, con réplica en el zamorano de Las Pozas, que entrarían plenamente en la categoría de las *cerámicas simbólicas* de los ambientes calcolíticos del Sur y que tradicionalmente se han considerado —en mi opinión, sin motivo suficiente— objetos de culto distribuidos desde el Sureste y desde allí llegados al Sur de Portugal. Desconozco personalmente la pieza trasmontana y no oso por ello negarle esa posible condición de elemento importado, pero en el caso de la escudilla de Las Pozas me parece que goza de todos los pronunciamientos favorables para valorarse como una producción local, sobre la que sencillamente se plasman unos motivos y una composición de raigambre foránea.

No creemos sirva, pues, esta singular cerámica como muestra de un comercio intercomunal, que sin embargo sí debió existir a juzgar

por la evidencia de ciertas piezas del llamado «horizonte Rechaba». Las mazas, las azuelas o hachas de combate, tal vez el puñal de Cela, son aparentemente objetos extraños, singulares en el contexto megalítico gallego, cuya aparición, dada su escasez, verosimilmente responde a fenómenos de importación. En relación con Rechaba son muchas las incógnitas existentes, empezando por su cronología, que aún dudamos si debe considerarse precampaniforme o paralela al campaniforme, y terminando por su fuente de inspiración que se discute si fue mediterránea (Vázquez Varela) o atlántica (Fábregas Valcárce), a partir de paralelos para mazas y azuelas dobles, perforadas, en Anatolia y el Cáucaso, por un lado, y en Dinamarca, Francia y el Sur de Inglaterra, por otro. En cualquier caso habría dos detalles relacionados con tales piezas que nos parece apropiado destacar, que son su más que probable origen comercial (si no de todas las piezas, al menos sí de algunas que obrarían como modelos), y la condición de objetos de *status* que con frecuencia se les confiere. En cuanto al primero de estos detalles, incluso prescindiendo de su origen, tiene el interés de revelar una actividad necesariamente vinculada a unas élites, ya que la importación de objetos exóticos y de cierto lujo —como más arriba señalábamos del marfil y los adornos de cáscara de avestruz en el mundo de Los Millares— no parece posible explicarla sino como resultado del impulso de una minoría prestigiosa que pretende con ello *celebrar, ostentar y reforzar su poder mediante la adquisición de unos símbolos*. No creemos sea, pues, pura coincidencia que tales importaciones sean elementos de *status*, ni tampoco que se trate de mazas y hachas perforadas —en definitiva, armas— que habitualmente son consideradas en otros territorios europeos distintivos de jefatura.

La estratificación social que cabe vislumbrar en estadios proto-metalúrgicos en otras regiones del Viejo Mundo no parece faltar, por tanto, en el Noroeste, si bien para confirmarlo restan algunos aspectos oscuros por aclarar que deberán ser objeto de investigación en el futuro: de una parte la confirmación de que llegó a existir sincronismo entre Rechaba y los poblados precampaniformes del Sur de Galicia y Tras os Montes, cosa verosímil si las mazas pudieran beneficiarse de la cronología que acusan ciertas piezas análogas portuguesas, pero que presenta el problema de saber que Rechaba y el campaniforme, a juzgar por la evidencia de la necrópolis de Vilavella, sí coexistieron. De otra parte se hace imprescindible precisar el tipo de relación que existió entre esas dos realidades —horizonte de «importaciones» de Rechaba y poblados metalúrgicos iniciales— ya que, por lo hoy conocido, los materiales que definen el primero se concentran casi exclusivamente en el territorio más septentrional de Galicia, sin que se produzca el solapamiento cartográfico necesario de ambas realidades que garantice su identificación.

El hecho de reconocer la condición secundaria de los primeros focos metalúrgicos del Noroeste, bien es cierto que de forma más intuitiva que realmente probada, implica la necesidad de buscar el origen de su inspiración, lo cual de momento sólo podría abordarse determinando las relaciones que las gentes de Galicia y Tras os Montes mantenían con otros grupos en posesión del secreto del metal. Y tal cometido —el de establecer las relaciones— con la información de que ahora se dispone sólo puede hacerse asequible a partir de un rastreo de paralelos tipológicos entre los materiales de Soutilha, Lavapés y demás poblados, y los de otros yacimientos coetáneos de sectores próximos.

En tal sentido las pesquisas señalan nítida y reiterativamente hacia los territorios del centro y Sur de Portugal y también, en tono menor, al Suroeste de la Meseta y Extremadura. Sólo esa, efectivamente, puede haber sido la procedencia de la idea de los vasos simbólicos de São Lourenço y Las Pozas; de ahí hubo de partir igualmente la corriente que llevó en época avanzada hacia Noroeste y Meseta las puntas de sílex de base cóncava, que sustituyen a los viejos tipos romboidales; de ahí proceden asimismo las pesas de barro de Castelo de Aguiar, rectangulares y con cuádruple perforación, y allí mismo pudo muy bien gestarse la tendencia a decorar los vasos —típicos vasos hemisféricos o ligeramente globulares de todas nuestras estaciones— con triángulos incisos rellenos de puntos, los cuales siguen una moda ampliamente arraigada en todo el calcolítico precampaniforme y campaniforme del mediodía peninsular. Incluso en el caso de los temas escobillados o incisos a peine distribuidos en ondas de disposición más o menos horizontal, que por su abundancia en Soutilha podrían parecer creación local, no puede descartarse tampoco una filiación meridional, al estar los mismos presentes, si bien de forma excepcional, en estaciones de la zona de Tajo del fuste de Vila Nova de São Pedro y Penedo, y más abundantemente en Extremadura (por ejemplo en La Pijotilla), desde donde debieron pasar al Suroeste de la cuenca del Duero y al occidente meseteño (Coto Alto y Galisancho, en Salamanca, y Las Pozas o Cuelgamures, en Zamora).

Todo ello nos permite pensar bastante justificadamente que también a través de este flujo S-N debió llegar la metalurgia a Galicia y ello, con bastante seguridad, antes de la aparición del vaso campaniforme. El momento concreto es más difícil de establecer aunque contemos para ello con algunas referencias de cronología absoluta y, por mera lógica, con su posición de posterioridad respecto a la más vieja actividad fundidora del Sur peninsular. Las fechas de radiocarbono disponibles, en torno a la decena, ofrecen un agrupamiento que creemos bastante significativo dentro de la segunda mitad del III Milenio y muy en los inicios del II; pero hay tres dataciones

que se remontan al 2.700 a. C., a partir de las cuales cabría especularse con una aparición muy temprana del cobre en la zona. Lamentablemente no hay tampoco datos cronológicos precisos para establecer el inicio del Calcolítico en el Sur de la Península; tanto en Almería como en el Suroeste se tiende a situar dicho suceso precisamente hacia 2.700, aunque en realidad falten testimonios fidedignos que avalen tanta antigüedad. Fernández Miranda, incluso, recordaba recientemente que por ahora no hay pruebas de actividades metalúrgicas no ya sólo en Iberia, sino en todo el Mediterráneo Occidental y en buena parte del Central, anteriores a la mitad del Milenio (siempre hablando de cronología no calibrada) lo cual coloca en difícil situación a las mencionadas dataciones de Soutilha y Aguiar. En realidad el ambiente en que se inspiran las especies cerámicas antes relacionadas data del Cobre Pleno, con fechas —como en el caso de La Pijotilla— apenas anteriores a 2.400, lo cual nos llevaría a considerar que el primer calcolítico regional del Noroeste, como el primero de la Meseta, que está fechado desde 2.470 en Las Pozas, debe situarse por entonces, coincidiendo con la datación precampaniforme de A Fontelna de 2.460 ± 50 .

Este horizonte calcolítico inicial del Sur de Galicia y Norte de Portugal, que refleja notoria homogeneidad material en los yacimientos en que está representado, conoció sin embargo una lógica evolución interna, una suerte de sutiles transformaciones a lo largo del tiempo, que únicamente cabe captar a partir de algunas observaciones estratigráficas y de orden tipológico, referidas las últimas sobre todo a modificaciones en el patrón decorativo de las cerámicas. Así siguiendo a la de la Peña Santos, en el Sur de Galicia parece posible situar en el inicio de la secuencia el horizonte de O Regueiriño/Lavapés Antiguo, en el que ya aparecen los triángulos punteados y al que probablemente habría que asimilar también A Fontela inferior con su fecha radiométrica de hacia 2.500. En ellos se constata, además, una cierta riqueza de motivos impresos —algunos realizados con conchas, por ejemplo de *Clamys opercolaris*— que tendrán expresión posterior en algunos campaniformes locales y que bien podrían ser reflejo de una tradición antigua de cerámicas impresas, neolítica, del tipo de la documentada por S. Oliveira en Figueira da Foz.

Lavapés reciente y Vinha Soutilha representarían en nuestra opinión un estadio más evolucionado; sus contextos son sensiblemente similares en cuanto a cerámica y sílex, y por ello resulta sorprendente su desfase de más de 700 años «radiocarbónicos» ya que Lavapés se fechó en 1980 a. C., ésto es en un momento en que probablemente en el Noroeste ya circulaban las especies campaniformes. Verdaderamente no tenemos respuesta válida ahora mismo para esta contradicción, cuya sombra, por lo demás, se proyecta sobre la valoración de las singulares cerámicas estilo Penha, magníficamente

representadas en ambas estaciones. No es, desde luego, el momento de discutir en profundidad el problema cronológico de estas especies, pero todo parece sugerir —en contra de las teorías clásicas que las arrinconaban en el Bronce Final— que las mismas, con sus típicas decoraciones metopadas, incisas y con leves acanalados, tienen un origen mucho más antiguo, lo que concuerda perfectamente con el primitivismo de sus formas. La cuestión, aunque muy bien planteada por S. Oliveira, está en todo caso lejos de considerarse resuelta, pero parece verosímil, en función tanto de su presencia en Soutilha, como de sus formas y ornamentación (técnicas y motivos), que tales cerámicas, que penetran en Galicia desde el Sur por la costa, el Limia, el Corgo y el Támega, fuesen en origen precampaniformes, para mantenerse en los primeros siglos del II Milenio adoptando ya ciertos patrones decorativos campaniformes (los triángulos o dientes de lobo con rayado oblicuo), como los que creemos advertir en algunas de las primeras cerámicas recogidas en Mairós por Santos Junior o de Cha de Castro. Desconocemos exactamente el alcance de la presencia de estas especies en ciertos dólmenes orensanos, acaso intrusiva, pero su ausencia absoluta en un yacimiento como el de Tapado de Caldeira, representa según nuestro criterio un argumento negativo demasiado concluyente para seguir aceptando que su plenitud coincidió con el Bronce Final.

Esta disquisición, necesariamente somera, sobre las especies cerámicas de Penha nos ha llevado a considerar el horizonte calcolítico de Tras os Montes y del Sur de Galicia no como una realidad estática, propia de una época, sino como un fenómeno vivo en el que conforme transcurre el tiempo se van produciendo innovaciones. Tal planteamiento nos ofrece la oportunidad de entrar sin cortes abruptos y bastante cómodamente en el tema del *horizonte campaniforme*, ya que parecen existir, en efecto, datos que demuestran que esta singular cerámica aparece precisamente en el seno de los poblados precampaniformes citados, sin que su irrupción modifique drásticamente la tradicional estructura cultural de los mismos. El dato, por lo demás, es importantísimo como signo de que el campaniforme —ahora en abstracto— no es una cultura, como prueba de que no existe una *cultura campaniforme*, ni tampoco un *pueblo campaniforme...*, sino muchas *culturas* campaniforme en las que la presencia de los clásicos recipientes acampanados y con abigarrada decoración habrá que juzgarse, según los casos, producida por un trasiego comercial o por la simple adopción de un símbolo ya cuajado en grupos vecinos.

Los testimonios que avalan en el Noroeste una interpretación de este tipo proceden indistintamente de contextos domésticos y funerarios. Entre los primeros destacan sobremanera los habitats de Pastoría en Chaves y de A Fontenla en Pontevedra, que parecen

representar el momento inicial del campaniforme en la zona ya que tales especies simultanean con las clásicas de triángulos punteados (por ejemplo en A Fontenla) y simplemente enriquecen la de por sí exhuberante y compleja ornamentística de las cerámicas locales, en un proceso que S. Oliveira califica con fortuna de *aditivo*, en el poblado de Pastoría. El estilo dominante de estas primeras cerámicas campaniformes es el denominado Marítimo, que se manifiesta sobre todo en su variante lineal, realizada con un peine, lo cual sirve para establecer paralelos en la distancia con otros yacimientos calcolíticos de la Península Ibérica —tanto del Sureste como del Tajo— en los que las mismas especies marítimas inauguran la secuencia campaniforme. Como mayor novedad, en todo caso, habría que destacar —siempre que se confirme— la presencia de campaniformes cordados, no sabemos si puros o mixtos, en el nivel superior de A Fontenla; ello introduciría un matiz de cierto alcance en la interesante problemática de esta estación que, incomprensiblemente, conocemos sólo a través de un brevísimo avance, permaneciendo inéditos los trabajos generales efectuados en la misma en 1978.

Frente a estos poblados en los que el campaniforme parece simplemente un material más, incorporado sin estridencias al sustrato local en el que tiene una representación minoritaria dentro del repertorio amplísimo de la cerámicas decoradas, parecen existir otros donde, bien diferentemente, se ha producido ya el declive de dicho sustrato y el campaniforme se nos muestra como la especie decorada dominante. Aunque descendiendo hasta casi la línea del Duero, uno de estos poblados podría ser el de Tapado de Caldeira, con abundancia de ornamentaciones puntilladas geométricas y tímida presencia de incisas, tipo Meseta; otro más septentrional es el pontevedrés de O Fixón, con mayoría aún de especies marítimas de bandas y lineales, pero con temas, así mismo, «pseudoexcisos», clásicos de Ciempozuelos; y un tercero, más dudoso, el coruñés de Morcigueira. Estos yacimientos que consideraríamos de la plenitud campaniforme —y sus decoraciones son elocuentes, como hemos podido ver, en este aspecto— representan una superación de la fase inicial y un cambio en los gustos cerámicos, ya que fuera de las especies estrictamente campaniformes no hay prácticamente otras decoradas. La situación no es excepcional en la Península, ya que el comportamiento de otros grupos de la plenitud campaniforme (piénsese en Orce o Montefrío con la consagración de las especies incisas en vísperas de inaugurarse la etapa argárica) es muy similar, perdiéndose virtualmente (salvo en la continuidad inevitable de ciertas formas, cual sería el caso de los cuencos) el sabor precampaniforme de los momentos iniciales.

La posición de esta etapa de plenitud, opinan ciertos autores, habría de ser considerablemente avanzada, casi de mediados del II

Milenio. Ello tendría el inconveniente, sin embargo, de rechazo, de empujar o desplazar al óptimo del horizonte metalúrgico de Montelavar a un momento por lo menos coetáneo, si no posterior, lo que parece una aberración en el marco cronológico de las relaciones protoatlánticas. Somos partidarios, por ello, de fechar esta fase de plenitud campaniforme en torno al 2.000 y sólo algo después, lo que justificaría el paralelo de los patrones decorativos de algunas cerámicas con los de los estilos de Palmela y Ciempozuelos.

Pero aceptando tales fechas propiciamos un nuevo problema, que es el de las relaciones entre Lavapés y O Fixón. Ambos, que distan entre sí no más de 2 km., deparan materiales arqueológicos suficientemente diferenciados como para valorarlos diacrónicamente, y sin embargo Lavapés proporcionó una datación C-14 de 1980 a. C. que coincidiría plenamente con la que ahora proponemos a partir de formulaciones teóricas para la plenitud campaniforme de O Fixón. Lavapés, con un nítido horizonte de cerámicas estilo Penha y puntas de flecha de base cóncava representa, según nuestra opinión, un momento paralelo al Calcolítico tipo Vinha de Soutilha, claramente precampaniforme, y su posición en la secuencia del sector antecede a O Fixón, aunque aquí exista un fecha de radiocarbono mucho más antigua, acaso alusiva a un momento anterior. Otro asunto será explicar de donde derivan ciertos temas de esa cerámica tipo Penha —las series de triángulos con rayado oblicuo o las cuidadas retículas incisas— si, como parece, su posición cronológica antigua hace imposible pensar para ellas en una inspiración campaniforme. La investigación sobre esta época apenas si se ha iniciado en el Noroeste, y aún habrá de verterse mucha tinta sobre estos problemas elementales antes de darlos por resueltos.

Otro documento favorable a la interpretación del campaniforme del Noroeste como *adición* lo encontramos en el aspecto funerario. Sirviéndonos del trabajo de Criado y Vázquez Varela podemos comprobar que, en efecto, los depósitos fúnebres localizados en monumentos megalíticos son relativamente numerosos —8—, lo cual podría entenderse como un indicio de continuidad entre ambos fenómenos o, dicho de otro modo, como una prueba de que las funciones originales de los dólmenes aún tenían vigencia hacia el 2.000. Abundando en este hecho —que nada nos sorprende, pues también ha sido probado en el occidente de la Meseta, pese al énfasis tantas veces puesto en que las tumbas genuinas del grupo de Ciempozuelos eran siempre fosas individuales— los mencionados autores añaden, además, que los ocho megalitos afectados corresponden sintomáticamente a formas poligonales con corredor, que bien podrían ser las más avanzadas de tipo dolménico en Galicia. El dato sería de un interés excepcional pues redondearía la hipótesis de que el campaniforme no irrumpe imponiendo modos culturales nuevos, sino

que surge plenamente adaptado a las tradiciones de la región. No obstante, tropezamos en esta interpretación con un problema ya expuesto superficialmente con anterioridad: ¿Por qué, si aparecen Vasos Campaniformes marítimos en estos dólmenes presuntamente avanzados (p. e. Parxubeira en La Coruña), no lo hacen otros materiales que en Pastoría o A Fontenla acompañan a tales especies? ¿Por qué no en los dólmenes los triángulos punteados, las ondas a peine o los acanalados tipo Penha? A decir verdad, como antes veíamos, en unos pocos monumentos éstos sí llegan a hacer acto de presencia (Zedes en Portugal, Lobeira en Ourense o As Rozas en Pontevedra), pero se nos antojan insuficientes para dar por zanjado el problema, por lo que acaso —sin que nos parezca definitivamente convincente— habría que pensar que se diera lo que llama S. Oliveira *un fenómeno de especialización funeraria de determinados ajuares*, por el que los materiales más frecuentes en los habitats carecieran de significado ritual en las tumbas, lo que automáticamente las excluiría de las ceremonias fúnebres. Será, por tanto, éste un aspecto a reconsiderar en el futuro, como también habrá de serlo el de la seriación tipológica de los monumentos dolménicos, ya que tras las excavaciones del sepulcro de As Rozas en Campo Lameiro, con dataciones fundacionales próximas al 3.200 según el C-14, no creemos deba ser muy distinta la fecha de la construcción de algunos dólmenes presuntamente modernos, con vestíbulo o corredor en «V»; como el Chan de Arquíña, en Morrazo, que proporcionó sin embargo ya algún fragmento de campaniforme Marítimo. Con todo la documentación hoy existente, aunque de no excesiva calidad, parece avalar la idea de Criado y Vázquez Varela de que el campaniforme, *lejos de ser un fenómeno intrusivo*, en los dólmenes, representa una etapa más en la larga utilización de tales monumentos.

Pero al mismo tiempo —exactamente igual que ocurre en otros territorios— con el campaniforme parece iniciarse un proceso de diversificación funeraria que tiende a un tipo de tumba, individual, definitivamente consagrada en los inicios de la Edad del Bronce. Y es que, en efecto, junto a los depósitos en los dólmenes, hay constancia también de formas innovadoras, como las cistas megalíticas, arropadas igualmente por una «mamoá», o como los túmulos no megalíticos. Entre las primeras habría que citar la sepultura nº 245 de Veiga de Vilavella, en Pontes de García Rodríguez, constituida por 8 lajas y de planta prácticamente rectangular, y también, acaso, por las descripciones que se hacen, la mamoa nº 1 de Cha de Carvalhal, en Portugal, de aspecto similar y con un rico y variado ajuar campaniforme. Entre los túmulos no megalíticos —también circulares, pero de diámetro más reducido y baja altura, casi siempre de tierra, pero con dudas realmente de que fueran tumbas individuales— son célebres también algunos de Pontes de García Rodríguez (n.ºs 219 y 242), pudiendo

asimilárseles la mámoa de Tecedeiras, en Lalín, y la de Roupar, en Lugo. En principio cabría considerar a este último tipo de sepulcro como una especie de epígono de los megalitos clásicos, pero lo cierto es que no resulta suficientemente conocido, dudándose incluso de que en origen todos los ejemplares mencionados hubiesen sido iguales. De hecho no puede descartarse que en algún caso hubieran cobijado una cista (Pontes nº 219), pues la existencia de alguna losa enhiesta en el centro de la masa tumular así permite sospecharlo, y en otros (Roupar) parece probado que los montículos fosilizaban pequeños pozos excavados en el suelo virgen, los cuales servían de acomodo precisamente a las cerámicas campaniformes. Insistimos en la necesidad de profundizar en el estudio de estas tumbas porque nos parece clave para el análisis de la transición de la sepultura colectiva a la individual en el Noroeste, una transición que, incluso a través de los rasgos de los monumentos involucrados, sigue pareciéndonos menos abrupta y más sencilla de entender como resultado de un proceso interno de lo que casi siempre se ha proclamado.

Por otra parte creemos digno de resaltar igualmente que este fenómeno de los pequeños túmulos no megalíticos de hacia el año 2.000 no es privativo de las tierras gallegas, sino que tiene reflejo también en el Norte de Portugal, donde V. Oliveira Jorge individualiza una última etapa paramegalítica, la de los pequeños «cairns», cuya posición cronológica ha podido determinarse con relativa fiabilidad mediante dos fechas absolutas del túmulo 4 de Meninas do Crasto —1880 y 1850— que se relaciona con un típico vaso liso troncocónico y una espiral de plata. Es una evidencia importante de que nos encontramos muy cerca ya, sin duda, del Horizonte Montelavar, lo cual invita a una nueva reflexión: si este tipo de yacimientos se imbrican prácticamente ya con el inicio del Bronce Antiguo ¿significa que son posteriores a las deposiciones campaniformes de los dólmenes? ¿constituyen éstas de los megalitos, pues, el inicio de la secuencia campaniforme a nivel funerario? La respuesta en la situación actual reviste enorme dificultad, pero un detalle parece indicarnos que la contestación afirmativa a la última pregunta pecaría de simplista y éste es la presencia en algún dolmen, como el lucense de Abelleira de cerámica campaniforme puntillada en anchas fajas, bajo un friso con gruesos puntos impresos, que —como las análogas de Roupar— gustosamente emparentaríamos con las especies portuguesas más antiguas de Palmela, a datar en un momento relativamente avanzado de lo campaniforme. Su analogía con las de Roupar, además, parecería testificar a favor de su coetaneidad con respecto a los depósitos de los túmulos no megalíticos.

De soslayo hemos entrado en un nuevo aspecto interesante del campaniforme, como es el de sus estilos decorativos, lo que nos permite muy resumidamente destacar el predominio de los denomina-

dos marítimos —de bandas impresas o lineales— y la existencia más excepcional de otras variedades. La presencia de temas pseudoexcisos en O Fixon cabe relacionarse claramente con el estilo de la Meseta o Ciempozuelos, cuya incidencia seguramente se ha producido desde el Sur, ya que en Tapado de Caldeira —en la línea del Duero y en una zona fácilmente accesible desde las penillanuras de Salamanca y Zamora— hay constancia, si bien no muy importante, de tales especies. También desde el Sur debieron llegar los patrones decorativos del estilo de Palmela, tanto en su variedad Puntillada Geométrica (que, en contra de otras opiniones, insistimos en identificar en Roupar y, sobre todo, en la cazuela de Tecedeiras), como en la incisa que sólo alcanzamos a ver representada en una pieza, acaso hibridada con Ciempozuelos, de la mámoa de Cha de Carvalhal. En otro sentido interesa anotar la existencia de campaniformes decorados por impresión de concha —normalmente *Clamys opercolaris*— que deben tomarse como prueba de indigenismo, ya que dicha técnica se constata en la decoración de supuestas cerámicas precampaniformes en O Regueiriño. Finalmente, existe una oscura mención a vasos campaniformes cordados del nivel superior de A Fontela, los cuales podrían revestir alguna transcendencia para la interpretación del primer impacto campaniforme en el Noroeste, así como para enjuiciar posibles contactos atlánticos en esta época. En la tesis de Sangmeister y Harrison los campaniformes marítimos, surgidos en la zona del Tajo, alcanzaban Galicia y desde allí, por mar, la península de Bretaña; hoy, desacreditado el comercio de calaita como móvil de dicho trasiego, no hay ninguna prueba concluyente de que los primeros campaniformes armoricanos, AOO o *all over ornamented*, se deban al estímulo de la llegada de los marítimos desde el Noroeste hispano, y más bien tiende a pensarse en un desarrollo continuo indígena, paralelo al propuesto por Lanting y van der Waals para los Países Bajos. De confirmarse la presencia de un campaniforme cordado en A Fontela, volvería a ponerse sobre el tapete la cuestión de los contactos directos entre ambos Finisterres, pues tales especies menudean en Bretaña. Pero hoy tampoco ha de pasarse por alto la novedosa distribución de estas especies, en su forma mixta, por la Meseta (La Veguilla y Salvatierra de Tormes, en Salamanca; Garray, en Soria; Burgos capital, etc.), por el País Vasco (Pagobakoitza y Trikuaitzi), por el valle del Tajo (Entretérminos y Azután), y hasta por Extremadura (La Pijotilla), fuera, por tanto, de la tradicional dispersión por la Iberia mediterránea, pues ello nos permite elucubrar con la llegada a Galicia de estas especies a través de un camino interior, continental, que pudo canalizar igualmente la aparición de las hachas perforadas de Balenkaleku en Guipúzcoa y de Teverga en Asturias. Es evidente que en el Bronce Protoatlántico los contactos Galicia-Bretaña existieron; afirmar que ya se daban ahora encierra mayores

problemas y, en todo caso ha de ser tema objeto de futuras investigaciones, cuya clave en cierto modo creemos descansa en la cronología que termine por otorgarse al nebuloso horizonte de Rechaba.

Por último no queremos obviar un nuevo aspecto, muy debatido, como es el de la aparente dicotomía campaniforme/metalurgia inicial de Montelavar. Es cierto que no hay en Galicia hallazgos que reúnan en un mismo contexto las cerámicas campaniformes y los metales que en otras zonas las acompañan asiduamente (puñales de lengüeta, puntas de Palmela, cintas de oro...), pero esto, coincidiendo con la opinión de otros autores, creemos obedece únicamente al azar y a circunstancias ajenas a la arqueología, como el saqueo selectivo a que han sido sometidas las tumbas. Aún así nos parece interesante constatar que en la necrópolis de Pontes, aunque en túmulos distintos, aparecieron Vasos Campaniformes y metales de los tipos antes mencionados, lo que hasta cierto punto podría tomarse como signo relativo de coetaneidad. Fomenta igualmente esta impresión la presencia de algún material cerámico en el Noroeste asimilable a Palmela y Ciempozuelos, es decir a estilos que en sus puntos de origen van estrechamente unidos a aquella metalurgia (anótense, respectivamente, las tumbas de Pedra Branca o Fuente-Olmedo). En fin; todo ello nos hace pensar que ese mundo de sepulturas en cista con espléndidos ajuares, representando en Agua Branca, Atios o São Bento de Bulagães, en el que perseveran las Palmela, los puñales de espigo cada vez más largos, y las joyas de oro y plata, también más ricas y complicadas, no representa sino una evolución en el comienzo del Bronce Antiguo de la última fase campaniforme local, en la que, siempre dentro de la dinámica iniciada varios siglos antes, se consagra definitivamente el sistema de enterramiento individual y se produce el encumbramiento de unas minorías. Parece lícito afirmar una vez más, pues, parafraseando a T. S. Elliot, que «no hubo fin, sino adición».